

EL FAROLITO DE LA LUCIÉRNAGA.

A fines del verano, todo el bosque entra en gran actividad. Las abejas van de flor en flor, juntando miel para el invierno. Las hormigas van y vienen, cargadas de alimentos. Los gusanos se hacen preciosas casas para dormir los largos meses de lluvia. Las golondrinas se preparan para un largo viaje hacia países cálidos. Los grillos engruesan las paredes de sus casitas de barro, para que no se derrumben con la humedad. En fin, todos trabajan para poder pasar el invierno más o menos bien. Hasta la bella Mariposa, a pesar de su frivolidad, estaba muy atareada preparando un delicado capullo en unas hierbas vecinas a la callampa donde vivía el Duende Melodía.

La Mariposa y el Duende había jugado juntos muchas veces durante el verano, y se habían hecho lo suficientemente amigos como para desear ser vecinos.

Cuando el Duende vió cómo trabajaba la Mariposa, le dieron ganas de hacerlo también y puso en la puerta de su callampa un letrero que decía: SE ARREGLAN ZAPATOS.

Y se sentó a esperar que llegaran clientes. Mientras esperaba, se puso a pensar:

- "Por un par de zapatos, cobraré una nuez. Por dos pares, dos nueces. Así, iré llenando mi despensa y en el invierno lo pasaré muy bien. Las cáscaras me servirán de leña. No desperdiciaré nada..."





"Gracias, señorita Mariposa, lo tendré muy en cuenta."

El Duende volvió a su trabajo y la Mariposa al suyo, como si ya el invierno fuera a reventar sobre sus cabezas.

Pero por más que el Duende martilló sin descanso todo el día, al llegar la noche sólo tenía terminados diez pares de zapatos.

Cogiéndose la cabeza a dos manos, gimió:

- ¡Me faltan cuarenta pares de zapatos todavía! Tendré que trabajar de noche. Pero... ¿con qué me voy a alumbrar, si no hay luna?"

Este problema era el más grave de todos. El Duende no tenía ojos de gato para ver en la oscuridad. Y el pedacito de madera que usaba para guiarse en la noche, apenas daba un resplandor blanco que no servía para trabajar.

Pensando y pensando, el Duende Melodía tuvo por fin una idea.

- ¡Ah! ya sé! Le pediré a la señora Luciérnaga que me preste su farolito. En pago, le daré una nuez. Será un buen negocio. Salgo inmediatamente para el bosque.

Como lo pensó, lo hizo. El Duende abrió la puerta de su callampa, y por un senderillo entró al inmenso bosque que suspiraba y crujía con el viento. Cuando el aire se detenía, el silencio era tan grande, que se oía el crecer de las hierbas.

Después de caminar un buen rato, el Duende llegó a un tronco viejo por el que andaban muchas luciérnagas con sus farolitos a cuestas. Subió por allí y se acercó a una Luciérnaga algo vieja, saludándola amablemente:

- Buenas noches, señora Luciérnaga."

La Luciérnaga, en cambio, no fué muy cortés en su contestación, al verse interrumpida en su trabajo.

- Buenas noches. Estoy muy ocupada, así es que dígame luego lo que quiere.

- "Bueno, yo venía a proponerle un negocio..."

- "¿Un negocio? ¿Qué será?"

- "Se trata de que ud. me preste su farolito por tres noches y en cambio de este servicio le daré una nuez."

- "¿Cómo? ¿Prestarle mi farolito a un desconocido? ¡Imposible! Además ando buscando casa y tengo que verla muy bien para que después no vaya a tener goteras," dijo la Luciérnaga, escandalizada.

El Duende, apenado por esta respuesta, suplicó:

- "En este bosque hay mucha gente que me conoce. Soy un Duende respetable. A cambio del farolito, le daré dos nueces.

- "Ni a cambio de diez nueces, porque además, no me gustan.

Y diciendo esto, la señora Luciérnaga se metió en un hueco del árbol y examinó prolijamente sus paredes, alzando el farolito.

El Duende la quedó mirando con desesperación, mientras pensaba cómo podría trabajar en medio de la oscuridad. La Luciérnaga terminó luego su examen, y salió muy sonriente:

- "Este hueco es exactamente lo que necesito. Dejaré aquí mi farolito como señal de que ya está ocupado mientras voy a buscar mis cosas.

Y se alejó muy apurada.

Pero no bien la Luciérnaga le volvió la espalda, el Duende Melodía tuvo un malísimo pensamiento que no pudo ni quiso rechazar y en un segundo se apoderó del codiciado farolito y partió corriendo tronco abajo, sin que a nadie le llamara la atención. No paró hasta llegar a su callampa. Una vez adentro, colgó el farolito del techo, y sin mayores remordimientos se puso a trabajar.

Mientras trabajaba, cantaba con voz desafinada:

- "Ají, ajó,
trabajo yo
con un clavito
y un martillito.
¡Ají ajó,
trabajo yo!"

Hacia el amanecer, tenía listos ocho pares más de zapatos. Entonces escondió el farolito en su despensa, y después de comerse dos raíces dulces, se fué a dormir.

Despertó bastante entrada la mañana, con la dulce voz de la Mariposa que volaba frente a su casa:

- "Duende Melodía, abre tu ventana que el sol está muy alto.



El Duende saltó de su cama más que ligero y echó agua en el lavatorio, mientras gritaba:

- "Ya voy, Mariposa, me estoy lavando la cara.!"

Cuando estuvo listo, lavado y peinado, se asomó a su ventanita.

- "Buenos días, Mariposa. ¿Qué novedades tienes?"

- "Tengo una novedad un poco triste. Todo el bosque tiene pena, porque anoche, alguien le robó el farolito a una vieja Luciérnaga.

Al oír esto, el Duende preguntó muy asustado:

- "Y... la Luciérnaga ¿sabe quién se lo robó?"

- "Dice que no sabe, que talvez fué un Duende que andaba por el bosque haciendo negocios," contestó la Mariposa.

- "Vaya, qué raro, los duendes son personas honradas, en general.

- "Así me parece a mí, también", contestó la Mariposa, despidiéndose en seguida, porque tenía mucho que hacer.

Apenas quedó solo, los remordimientos no dejaron tranquilo al Duende Melodía. Se puso a trabajar, pero el recuerdo de la vieja Luciérnaga no lo abandonaba. Para tranquilizarse, decía:

- "En cuanto termine los zapatos, correré a devolverle el farolito. Y le daré tres nueces molidas, aunque no le gusten.

Sin embargo, poco a poco fué tranquilizándose y olvidando a la Luciérnaga, y trabajó con más empeño que el día anterior.

A media tarde, un gran Palote pasó frente a la callampa, disfrazado de hierba. Venía buscando al ladrón del farolito. Cuando el Duende lo vió, dió un respingo en su sillita de paja y cantó más fuerte que nunca.

- "Ají, ajó,
trabajo yo."

El Palote se asomó por la puerta, disimulando en lo posible sus intenciones de espía. Con voz suave, le dijo:

- "Da gusto verlo trabajar, señor Duende Melodía."

El Duende dió otro respingo y preguntó:

- "¿Qué anda haciendo por aquí, señor Palote, disfrazado de hierba?"

- "Ando buscando al ladrón del farolito para llevármelo preso.

El Duende se puso a temblar.

- "Y... y... ud. sabe dónde está el ladrón?"

- "Yo sé todo, señor Duende Melodía. Se sospecha de los duendes en general," dijo el Palote acercando su cabeza a la del Duende.

Este dió otro respingo, pero no pudo menos que gritar con simulada indignación:

- "¿De los Duendes? Vaya qué insolencia venir a decirme en mi propia casa! Salga de aquí al instante!"

El Palote, que era muy diplomático, contestó con suavidad:

- "Ya me voy, pero tenga mucho cuidado, señor Duende, mucho cuidado..."

El Palote se alejó, moviendo amenazadoramente la cabeza.

En cuanto quedó solo, el Duende Melodía se puso a temblar tan fuerte, que se cayó de la silla.

- "Si me pillan, me llevan preso. Esta noche cerraré bien mis ventanas y mi puerta para que no vean desde afuera la luz del farol. ¿Para qué, Dios mío, me habré metido en esto?"

Sin embargo, a pesar de los sobresaltos y el miedo, al finalizar el segundo día, el Duende tenía terminados más de la mitad de los zapatos.

Cuando llegó la última noche de trabajo, dió un suspiro de alivio, pensando que pronto podría devolverle el farolito a la Luciérnaga y verse libre de esa pesadilla.

Apenas la primera luz del alba alumbró las rendijas de su venatna, el Duende clavó el último clavo en el último zapato. ¡Tin! hizo el martillo y el Duende dió un grito de alegría.

- "Ya está, por fin terminé!"

Se puso el farolito bajo el brazo, abrió con precaución la puerta de su callampa y miró hacia todos lados para ver que no hubiera nadie. Luego, salió, caminando en puntillas, escondiéndose entre las hierbas.

Ya se creía salvado, cuando de repente se encontró de manos a boca con su amiga la Mariposa, que estaba parada sobre una flor. El Duende se detuvo, espantado, sin siquiera esconder el farolito.



La Mariposa, al ver lo que llevaba su amigo debajo del brazo, gritó con horror:

- ¡Qué veo! Mi buen vecino tiene escondido el farolito de la Luciérnaga!

El Duende no sabía qué decir de pura vergüenza y trató de explicar lo mejor que pudo, su situación:

- Mariposa, en este momento voy a devolverle el farolito a su dueña...

Pero la Mariposa, moviendo con disgusto sus alas, dijo:

- Es muy feo, que ud. el Duende Melodía, se haya robado ese farolito.

Al oír esto, el Duende se defendió porque en realidad jamás había pensado robar nada a nadie.

- No, eso sí que no! Yo no me robé el farolito! Sólomente lo tomé por tres noches porque la Luciérnaga no me lo quiso prestar.

- Muy mal hecho que le hayas tomado el farolito a la Luciérnaga. Mereces que te lleven preso, dijo la Mariposa, que era muy correcta y pensaba que nunca, en ninguna forma se debe tomar lo ajeno sin permiso del dueño.

El Duende, arrepentido, contestó:

- Sí Mariposa, tienes razón. Pero ¿qué podía hacer yo, si necesitaba una luz para trabajar?

- No es tan difícil como crees conseguir una luz prestada. Yo te ofrecí mi ayuda para cualquier cosa que necesitaras y te olvidaste, dijo la Mariposa, un poco ofendida.

- Es verdad, amiga mía, perdóname. Nunca más volveré a tomar nada sin pedirlo, te lo prometo. Pero, por favor, no me acuses al Palote, ni a la Luciérnaga, porque no quiero que me lleven preso.

- Yo no soy ninguna acusetete, contestó la Mariposa, y no diré nada. Pero me tienes que dar tu palabra de Duende que nunca más volverás a tomar lo ajeno.

- Sí, sí, te lo prometo.

Y en señal de que nunca faltaría a su palabra, besó a la Mariposa una patita.

Nuestros dos amigos partieron entonces en busca de una hierba alta, donde fuera fácil ver el farolito para que lo encontrara su afligida dueña.

No tardaron en encontrarlo, y los dos se alejaron rápidamente pensando que nadie los había visto. La Luciérnaga recuperó pronto su luz, con alegría de todo

el bosque. Nadie supo explicar de qué modo apareció el farolito. Sólo el Palote conocía este secreto, porque él, y no otra cosa, era la alta hierba de la que habían colgado el farol la Mariposa y el Duende.

Uds. pensarán que es extraño que el Palote no se llevara preso al ladrón del farolito, pero en realidad se explica conociendo la gran bondad del Palote, oculta bajo un aspecto amenazante.

El Duende, ignorante de las virtudes del Palote, entregó al Ciempiés los zapatos que tantas penurias le habían costado. Y el Ciempiés le tapó la puerta de la callampa con cincuenta robustas nueces que consolaron al Duende de todo lo que había sufrido. Pero como él era una persona agradecida, le molió varias nueces a la Mariposa, que lo había librado de caer preso de puro buena vecina. Lo mismo hizo con la Luciérnaga, quien nunca supo quien le había hecho tan magnífico regalo.

Como ya tenía la despensa llena y la leñera bien provista, el Duende se echó en su sillita de paja, a descansar. Y mientras contemplaba muy satisfecho, sus ganancias, pensó con alegría que podría ayudar a más de un animalito hambriento en el largo invierno que se acercaba...

.....